

GRATITUD Y MISERICORDIA

Sólo quienes han pasado por pedir perdón y han hecho la experiencia de ser perdonados, por Aquel de “quien procede el perdón”, disponen de capacidad y de recursos para perdonar a su vez. Sólo quien se sabe y se reconoce agraciado, tiene capacidad para agraciar, para dar gratuitamente a otros. Y nuestro corazón sólo se hará verdaderamente atento a la miseria, a las necesidades de los otros, como hace la misericordia, si ha experimentado la mirada misericordiosa de Dios hacía él. Es esa mirada la que pone en nosotros la necesidad de mirar misericordiosamente a los demás.

Más generalmente, creo que nuestra capacidad de amar, lo mejor de nosotros mismos, es la huella más patente de la mano creadora de Dios en nosotros, que nos crea a su imagen; y que el amor de Dios, el que procede de Él, en nosotros, es la fuerza que nos hace capaces de amar, nos capacita para romper con la tendencia egocéntrica, la fuerza de gravedad, como la llamaba Simone Weil, y pone en nosotros la fuerza gravitatoria hacia lo alto y hacia los otros del amor verdadero. San Agustín llama al amor *pondus meum, pondus in altum*, mi fuerza gravitatoria hacia lo alto. Eso explica que el amor de Dios y el amor a los otros sea inseparable: que quien no ama a los otros no pueda decir con verdad que ama a Dios; y que el amor a Dios, que siempre es amor de Dios, nos abra y nos remita a los destinatarios del amor de Dios, que son todos y especialmente los más necesitados de amor.

Claro que, ni tener la palabra “Dios” en los labios garantiza que se le ama de verdad; ni el no utilizar esa palabra significa que se sea necesariamente ajeno al amor de Dios. Ya nos advirtió Jesús que las prostitutas y los publicanos tal vez precedan en el Reino a los oficialmente religiosos. ¿Verdad?

Juan de Dios Martín Velasco

14 Abril 2015

www.vacarparacon-siderar.es

